

Leer literatura fantástica, leer la realidad

Bradford, Maia Lucía (Universidad Nacional del Nordeste)

Si la clasificación genérica es posible, si aceptamos que los textos literarios puedan organizarse en grupos definidos según determinadas formas y elementos comunes, lo fantástico como género ha supuesto un interesante debate en torno a su definición. Desde que en 1970 Tzvetan Todorov publicara su *Introducción a la literatura fantástica*, muchos son las aproximaciones teóricas que han ofrecido un análisis de este género.

Según Todorov lo fantástico aparece en el instante en que al lector lo acomete la duda al encontrarse en el relato con aquello que excede lo conocido: “Lo fantástico es la vacilación que experimenta un ser que sólo conoce las leyes naturales y que se enfrenta a un acontecimiento en apariencia sobrenatural” (Todorov, 1972, 12) De esta manera, es la vacilación resultante de la oposición natural/sobrenatural lo que permite definir lo fantástico. A partir de la duda que suscitan los hechos que se narran, el lector debe tomar una decisión: o bien acepta que el evento puede explicarse sobre la base de lo racional o, por el contrario, representa una ruptura con el orden imperante en la realidad, una transgresión a las leyes que la gobiernan y tal explicación no resulta suficiente. Al optar por una u otra posibilidad, el lector abandona el espacio de lo fantástico para trasladarse a lo extraño, si acepta que lo sucedido en el relato puede soportar una explicación natural, es decir, que ninguna de las leyes del orden de lo real se altera; o a lo maravilloso, si asume que la explicación del fenómeno responde a lo sobrenatural sin entrar en conflicto con ello.¹

El problema de la definición de Todorov, advertido por muchos teóricos, es el de situar al género fantástico en una especie de categoría intermedia entre lo extraño y lo maravilloso. De esta manera, su definición parte de una percepción ambigua. Sin embargo, lo fantástico no está débilmente ubicado entre la ilusión y lo real. Consideramos, al contrario, que lo fantástico constituye un género particular. David Roas lo caracteriza:

La literatura fantástica es el único género literario que no puede funcionar sin la presencia de lo sobrenatural. Y lo sobrenatural es aquello que transgrede las leyes que organizan el mundo real, aquello que no es explicable, que no existe, según dichas leyes. Así, para que la historia narrada sea considerada fantástica, debe crearse un espacio similar al que habita el lector, un espacio que se verá asaltado por un fenómeno que trastornará su estabilidad. Es por eso que lo sobrenatural va a suponer una amenaza para nuestra realidad, que hasta ese momento creíamos gobernada por leyes rigurosas e inmutables. El relato fantástico pone al lector frente a lo sobrenatural, pero no como evasión, sino, muy al contrario, para interrogarlo y hacerle perder la seguridad frente al mundo real. (Roas, 2001, 8)

¹ La diferencia entre lo maravilloso y lo fantástico reside en el espacio o escenario en el que los hechos son narrados: “(...) en la literatura maravillosa lo sobrenatural es mostrado como natural, en un espacio muy diferente del lugar en el que vive el lector (...) El mundo maravilloso es un lugar totalmente inventado en el que las confrontaciones básicas que generan lo fantástico (la oposición natural/sobrenatural, ordinario/extraordinario) no se plantean, puesto que en él todo es posible – encantamientos, milagros, metamorfosis- sin que los personajes de la historia se cuestionen su existencia, lo que hace suponer que es algo normal, natural.” Roas, David “La amenaza de lo fantástico” en Roas, David [comp.] (2001) *Teorías de lo fantástico*. Madrid, Arco Libros, 10.

Las evidencias y las verdades, las certezas desde las que el hombre construye su saber sobre el mundo y su relación con él son cuestionadas. Creemos que no es sólo la inclusión de un elemento extraño lo que caracteriza la literatura fantástica sino su modo de lectura. Así como es el único género que, según explica Roas, no puede existir sin el elemento que configura lo sobrenatural, es también el tipo de texto literario que, más que ningún otro, nos sitúa frente a los modos en que leemos y entendemos el mundo. La seguridad frente a lo que se asume como verdaderamente existente es lo que cuestiona esta literatura. Es por ello que cualquier reflexión acerca de lo fantástico hace necesario considerar lo que entendemos por realidad. Y es la noción de realidad entendida como absolutamente cognoscible, regulada por leyes dadas y conocidas, la que es puesta en entredicho por esta literatura. Allí reside la transgresión. La literatura fantástica mantiene por ello una relación conflictiva con lo real. Plantea la posibilidad de una grieta, un intersticio por el cual lo imposible, lo que no puede ser pensado ni nombrado, aparece en convivencia con lo real, con “lo que es”. Esa aparición de lo extraño, de “lo que no es” sitúa al lector frente a la duda; aparece la posibilidad de lo imposible y el lector percibe el mecanismo que lo hace posible, observa la construcción de ese discurso. Luego esa duda se traslada al espacio de lo *verdaderamente* existente, la realidad que se vive y comparte, aparece entonces como otra construcción, como un discurso diferente, un discurso más.

Así, consideramos que la transgresión de las leyes que explican lo real empírico, elemento característico de este género, posibilita la observación de la construcción de aquello que es transgredido. Queda descubierta la estrategia que da sentido a lo que se experimenta en el encuentro con lo otro, lo que no pertenece a lo real. Y así se descubre también el carácter frágil de lo que consideramos *realidad*.

Cuando hablamos de literatura oscilamos entre la noción de realidad, entendida como el mundo de la acción, y la representación, percibida como una modalidad artística sujeta a convenciones. Nos resulta difícil de aceptar que nuestros modos de percepción puedan ser artificiales y que nuestras ideas sobre la realidad puedan ser asimismo convenciones, como cualesquiera otras. Cuando esas distinciones se derrumban, y advertimos que no estamos fuera de la entidad realidad, sino inextricablemente integrados en ella, cualquier tipo de representación se convierte en tremendamente problemática. La noción de mimesis pierde su base tradicional en el momento en que la posibilidad de imitar o de recrear implica el acceso a una realidad *a priori*. (Nandorfi en Roas, 2001, 244)

Tal como se explica en la cita, resulta obvio pensar en el espacio de la mimesis como un lugar donde imperan las convenciones y el artificio, sin embargo, darle tal carácter a las verdades que sostienen nuestro mundo no resulta tan sencillo. La literatura fantástica pone en el centro de la escena esta tensión.

El evento sobrenatural aparece en convivencia con lo natural, lo dado. Así, el hecho irreal choca contra con nuestra noción de lo real. Noción que es construida individual y socialmente; deviene de la visión de mundo que se construye en el seno social. El sistema de creencias compartido genera y sostiene lo que se entiende por *verdadero*, todo aquello que la razón puede explicar, que el hombre puede conocer y el lenguaje puede nombrar. Sin embargo ese encuentro no implica convertir a lo fantástico en una categoría negativa. Como sostiene Nandorfi, “Todo estudio dedicado a la literatura fantástica implica una oposición a menudo implícita. Lo fantástico parece destinado a constituir una categoría negativa, proyectada contra lo que se considera normal, natural y objetivo.” La autora plantea, sin embargo, la existencia no de una realidad frente a la irrealidad sino de distintos niveles funcionando dentro de lo asumido como realidad “(...) La idea de interacción, la relación condicionada que mantiene el sujeto que observa con todas las cosas, supera la innecesaria dicotomía entre el sujeto y lo otro. De este modo, en lugar de dividir la experiencia en real, irreal y un intermedio determinado, cabe afirmar que la realidad incluye niveles de experiencia diferentes.” (Nandorfi en Roas, 2001, 257)

La experiencia pertenece al sujeto. Nandorfi retoma al físico Gary Zukav quien explica que el acceso al mundo físico se da a través de la experiencia. “El común denominador de la experiencia es el yo que experimenta.” (Nandorfi en Roas, 2001, 257). De allí sugiere el principio de la complementariedad: lo que experimentamos no es la realidad externa sino nuestra interacción con ella. La autora sostiene que en literatura este principio se traslada a la textualidad.

Lo extraño o sobrenatural hace aún más impenetrable, inexplicable la realidad. Se potencian las indeterminaciones del espacio real y se hace indispensable su redefinición. Según Nandorfi, así la literatura fantástica expande, amplía la realidad.

Si la realidad se piensa como una entidad completamente accesible y acogedora, lo amenazante aparece por fuera de ella, como “lo otro”. De allí “ese enfrentamiento siempre problemático entre lo real y lo sobrenatural que define lo fantástico” (Roas, 2001, 12). Sin embargo, no se propone el discurso de lo fantástico desde la concepción de un mundo estable, inmutable, sino porque el objetivo de esta literatura es justamente problematizar nuestra percepción de ese mundo. Hacernos caer en cuenta de que lo que experimentamos en relación con lo real es resultado de lo que nuestros sentidos, muchas veces engañosos, nos permiten alcanzar; de lo que desde nuestros horizontes culturales hemos construido como verdades inobjektivas. Podemos tomar aquí las palabras de Segre quien, utilizando el término maravilloso, se refiere a lo que entendemos por fantástico: “lo maravilloso moderno desmiente los esquemas de interpretación que el hombre en su larga trayectoria ha dispuesto para su propia existencia” (Roas, 2001, 12).

Lo fantástico es lo que experimenta el lector en ese continuo ir y venir del relato a la realidad, de lo textual a lo extratextual. De esta manera, no es únicamente la inclusión de un elemento extraño en el relato lo que define a la literatura fantástica sino su modo de lectura. La experiencia del lector al leer. Cuando observa la construcción de ese discurso y compara esa construcción con su realidad. “(...) el efecto que produce la irrupción del fenómeno sobrenatural en la realidad cotidiana, el choque entre lo real y lo inexplicable, nos obliga (...) a cuestionarnos si lo que creemos pura imaginación podría llegar a ser cierto, lo que nos lleva a dudar de nuestra realidad y de nuestro yo, y ante

eso no queda otra reacción que el miedo.” (Roas, 2001, 12). Ciertamente, el lector experimenta miedo, o al menos inquietud. Pero proponemos que la experiencia del lector no se acaba allí; esa vacilación no siempre conduce únicamente al temor o la incomodidad sino que hace posible un movimiento más: el de comparación de la construcción del discurso fantástico con el de lo real.

Sostenemos que lo fantástico no se determina únicamente por la aparición de ciertos elementos “extraños” en la historia narrada sino por su modo de lectura. Una lectura que nos obliga a actualizar los marcos de referencia. Lo fantástico pone al lector frente a sus propias prácticas de lectura. No sólo del discurso literario sino del modo en que *lee* el mundo.

En esta literatura, lo extraño, lo imposible, se instauro como posibilidad. Aparecen grietas en el sistema de creencias. Se desestabiliza ese sistema que sostiene el contexto, la realidad. La literatura fantástica, como sostiene Roas, altera la representación de la realidad establecida por el sistema de valores compartido por la comunidad al plantear la descripción de un fenómeno imposible dentro de dicho sistema (Roas, 2001, 30). Se pone en duda la *verdad* del mundo. Con esta vacilación y al instalar la posibilidad de lo imposible el lector se detiene, actualiza su marco de referencia y observa la construcción del discurso ficcional.

La literatura fantástica permite al lector pararse a observar el mecanismo de construcción y funcionamiento de la ficción. Entonces, el juego de la ficción se hace evidente y la posibilidad de lo imposible desaparece. Pero en ese movimiento, la duda de la ficción se traslada a la realidad. La realidad ya no aparece como marco de referencia de lo posible sino que se traslada al centro de la escena. La historia fantástica plantea la duda, y con esa duda el contexto, lo real, adquiere el carácter de *posibilidad*. La realidad se percibe como otra ficción. En este sentido, ese discurso literario puede estar contando nuestra propia historia (Peón, 2011). El mecanismo que ha quedado develado puede explicar la construcción de lo que concebimos como real.

La literatura fantástica, más que otro tipo de texto literario, ofrece al lector la posibilidad de descubrir la fragilidad de nuestros supuestos y creencias sobre lo real.

Referencias

Nandorfi, Martha “La literatura fantástica y la representación de la realidad” en Roas, David [comp.] (2001) *Teorías de lo fantástico*. Madrid, Arco Libros.

Peón, María Laura (2011) *De la noche del mundo o del origen de la subjetividad*. UNNE (Inédito).

Roas, David [comp.] (2001) *Teorías de lo fantástico*. Madrid, Arco Libros.

Todorov, Tzvetan (1972) *Introducción a la literatura fantástica*. Buenos Aires, Tiempo Contemporáneo.